

16.YO SOY LA PUERTA

Introducción. A lo largo de una vida cruzamos muchas puertas. Las de casa, las del colegio, las de la oficina, las de la Iglesias y los centros de ocio. Siempre en movimiento cruzamos de un espacio a otro. Esa observación cotidiana no pasó de largo para Jesús, que la incorporó en su forma de explicarnos qué supone entrar en la fe. Es dejar de vivir en la conciencia solitaria y desmembrada del resto de la gente, para entrar a la conciencia de que somos uno, familia, comunidad iglesia. Es pasar del miedo y del temor a la confianza y la seguridad de estar en todo, acompañados y cuidados. Es pasar del tiempo, de la historia, de lo contingente y cambiante, a las manos de un Dios que sostiene y acompaña todo lo que vivimos. Es dejar de vivir en la condena de la muerte y cruzar a la eternidad. Encontrar un gran amor es lo mejor de cuánto puede brindarnos la vida, porque gracias a ese gran amor hallamos la puerta para amarlo todo. El ser amado no es la casa, es una puerta para entrar en la casa. Las puertas nos trasladan de una realidad a otra. En algunos casos nos hacen entrar en el hogar, la calma, el sitio de mis recreos. En otros casos nos encierran, nos atrapan, nos condenan. Hay puertas que nos llevan al paraíso y otras al lugar del tormento y la desolación.

Lo que Dios nos dice. *«En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños». Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos» (Jn 10,1-9).*

Cuando Jesús se nos ofrece como puerta y nos invita a seguirle, a cruzar su puerta nos está invitando a dejar de vivir en la escasez, en la fragilidad, en la carencia y nos invita a amarlo todo. Vivimos tal aceleración y con tanta falta de atención que no nos damos cuenta de las puertas que cruzamos. Tal aceleración lo convierte todo en trasparente. Como cuando miramos por la ventanilla de un tren a Alta Velocidad, todo se iguala, todo se difumina. La transparencia impone la hipercomunicación, la hiperinformación y la hipervisibilidad. Pero los espacios importantes y sagrados son exclusivos y apartados. Los umbrales los protegen de la profanación. La experiencia religiosa es una experiencia del umbral, de tránsito, de pasar de mi pequeño pensamiento a lo absolutamente otro. En cambio, la sociedad transparente acaba con los umbrales, con la experiencia del umbral, al convertirlo todo en lo mismo. El espíritu y la fe nunca son del todo transparentes, ni evidentes para nosotros. De la transparencia y de la aceleración no surgen ninguna inquietud, ninguna emoción. Nada necesitamos más que aprender a mirar, a descubrir la presencia en medio de los pasos que damos de un padre o madre, de una mano amiga que nos sostenga, de un origen. Necesitamos de un camino que nos muestre y que nos conduzca hasta la puerta que es Jesús y que nos introduce en la plenitud de su Reino. Al final del camino está el origen: sólo así descubrimos que pasado, presente y futuro son todo uno.

Él es la puerta del redil, es decir, la puerta del lugar donde hay vida y protección. Fuera del redil de la vida reina la confusión y la muerte. Por eso mismo, quienes no entran por esa puerta, quienes no están vivos, despiertos, atentos, están necesariamente fuera de ese reino de cuidado y atención. El camino es un lugar de tránsito, la puerta es el lugar del pasaje. Jesús nunca se apunta a sí mismo. La puerta no invita a quedarse en ella, sino a entrar en el edificio del que forma parte. Jesús (la puerta) forma parte de la casa de Padre, de su Reino, de su Amor. La puerta nos habla de la posibilidad de acceder a la casa del Padre. También nos sitúa ante la necesidad de optar entre pasar libremente al otro lado o quedarnos fuera. Es una decisión. *«Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).*

Como podemos vivirlo. Solo hay una forma de que la puerta se abra: sentarnos frente a ella y no movernos hasta que se abra. Cuando aceptamos que se abre desde la compasión, la gratuidad, la misericordia, no porque gritemos, llamemos a golpes o intentemos derribarla. Lo que hay al otro lado es lo mismo que lo que hay en este. Yo, mi vida, mi historia, pero amadísima hasta el extremo. Es lo mismo, pero acompañados.